

parado los acontecimientos del 5 de Enero. El general Pastors, depuesto del mando de la Ciudadela, les acusó igualmente de lo primero, añadiendo que "los acontecimientos del 5 ninguna relacion tenian con los del 4, por más que así hubiese querido hacerse entender para fines muy particulares ¹."

No todas estas inculpaciones eran justas; y en cuanto á los deportados, si acaso alguno habia culpable, ningun antecedente apareció despues contra ellos en la Capitanía general.

El velo del misterio cubre las verdaderas causas de estos deplorables acontecimientos.

IV.

Bajo tristes auspicios comenzaba el año de 1836. Las represalias, tan violentamente tomadas en Barcelona, provocaron otras, y otras, no menos sangrientas. Un destacamento de nacionales de Mataró tuvo un encuentro con la faccion de Zorrilla, el dia 6 de Enero, en San Pedro de Torelló. Derrotados por el carlista, con pérdida de bastantes muertos, quedaron prisioneros cuarenta y ocho, que fueron conducidos á Alpens, donde estaba Burjó. Supiéronse allí el 7 los acontecimientos de Barcelona, é indignada la soldadesca, se amotinó pidiendo venganza; y asaltando la guardia de prevencion, se apoderó de los infelices prisioneros, que arrastrados fuera del pueblo, perecieron miserablemente á bayonetazos y á tiros.

Continuaba, entre tanto, el sitio del santuario del Hort, confiado á Iriarte y Niubó, por la ausencia de Mina, y sostenido con energía por ambas partes, en medio de un invierno riguroso, que cubria con cuatro y seis palmos de nieve aquellas montañas. En vano acudieron al socorro de los sitiados 5,000 hombres mandados por Tristany y otros cabecillas. El 20 de Enero atacaron los campamentos del Plá de Isobol, casas de Posadas, Roca Foradada, y el mismo San Lorenzo; pero á pesar de la superioridad numérica de sus fuerzas, fueron vencidos, y obligados á retirarse con pérdida. Miralles, careciendo ya de provisiones, y desvanecida toda esperanza de auxilio, decidió abrirse paso á través de las líneas enemigas: salió con su gente en la noche del 23; pero rechazados los carlistas hácia el fuerte, que ya ocupaban las tropas liberales, se encontraron entre dos fuegos, y perecieron casi todos incluso

¹ Reclamacion de Pastors al ministro de la Guerra, conde de Almodóvar, en 3 de Marzo de 1836.

el jefe. Los vencedores, que creían muertos por sus enemigos todos los prisioneros, al tomar posesión del Santuario, encontraron un centenar de ellos, cuyas vidas habían sido respetadas, acaso por temor á las represalias.

Un horrible acontecimiento vino á poner el colmo á la crueldad con que se seguía la guerra en la parte oriental de España. D. Agustín Noguerras, comandante general del Bajo Aragón, supo que el día 6 de Febrero habían sido fusilados, de orden de Cabrera, los alcaldes de Torrecilla de Alcañiz y Valdealgofa, bajo la acusación de haber dado aviso á las tropas liberales de las operaciones de los carlistas. En consecuencia, ofició al gobernador de Tortosa, el 8, *rogándole que mandase fusilar á la madre del rebelde Cabrera*, detenida en aquella plaza, “dándole publicidad, decía, Noguerras, en todo el distrito de su mando, prendiendo además á sus hermanas para que sufran igual suerte, si es que siga asesinando inocentes.”

Consultado al general Mina por el gobernador de Tortosa, contestó que se cumpliesen los deseos de Noguerras, y la infeliz María Griñó, madre del caudillo carlista, fué fusilada el 16 de Febrero. La muerte de aquella anciana de 60 años provocó una tempestad: reprobáronla en España los mismos liberales, y la miraron con indignación los extranjeros. Cabrera, que no necesitaba el estímulo de esta cruel herida en su corazón de hijo, para adquirir y merecer el título de *sanguinario*¹, dictó en seguida espantosas represalias, mandando fusilar á la señora del coronel D. Manuel Fontiveros, á otras tres infelices mujeres, “y hasta el número de treinta, decía, que señalaba para expiar el infame castigo que había sufrido la mejor y más digna de las madres.” Al mismo tiempo anunciaba que cada víctima que hiciesen los liberales sería vengada con veinte de sus familias.

Tomado el Santuario del Hort por las tropas de la Reina, los carlistas tenían

¹ Hacia ya tiempo que Cabrera, humano y generoso al principio de la guerra, había dejado de serlo. Cinco meses antes del fusilamiento de su madre, á mediados de Setiembre de 1835, atacó al pueblo de Rubielos, que intentaron defender los nacionales y una compañía del provincial de Ciudad-Real. Encerrados estos en un pequeño fuerte, establecido en un convento, se resistieron heroicamente, hasta que, incendiado el edificio, envueltos por las llamas, y no pudiendo sufrir ya el hambre, la sed y la fatiga, pidieron capitulación, que les fué otorgada, firmando Cabrera y Forcadell la condición aceptada de conservarles la vida. «Fiados en este pacto, dice el historiador de la Guerra civil, se entregan, y son en seguida fusilados muchos de aquellos esforzados prisioneros al pié de la misma torre que habían defendido tan heroicamente. Conducidos los restantes al campo de la Dehesa, término de Noguerauelas, mandó Cabrera hacer alto, y comieron todos el rancho. Concluida esta operación, *formó un cerco de infantes y caballos, dejó á los prisioneros en cueros, y les invitó á que se salvaran corriendo. Al ejecutarlo, murieron alanceados aquellos infelices, hallándose algun cadáver con veinte y seis heridas.*»—Eran SESENTA Y CINCO las víctimas, que recogió y sepulló el Ayuntamiento de Noguerauelas.—Ante esta horrible carnicería, la muerte dada á la pobre anciana María Griñó, es un hecho pálido; y aunque merezca la execración universal, solo un hombre en el mundo no tenía derecho á condenarlo: D. Ramon Cabrera.

que subdividir sus fuerzas y variar su plan de campaña, faltándoles aquel punto de apoyo, que era la base de sus operaciones. Conociéndolo así el general Mina, desde el lecho en que le habian postrado las fatigas de la guerra y los disgustos ocasionados por las ocurrencias de Barcelona, se ocupaba con actividad en plantear un nuevo sistema de persecucion. Organizó y distribuyó el ejército en siete brigadas, señalando á cada una el terreno en que debia moverse, combinándolas de modo que unas á otras pudieran auxiliarse mutuamente en caso necesario; y dispuso que los cuerpos francos ocupasen los corregimientos y guarniciones interiores, dando instrucciones á todos los jefes para que ninguno permitiese al enemigo sosegar en el territorio de su demarcacion, pudiendo las diferentes fuerzas maniobrar sueltas en pequeñas columnas, ó reunidas, segun lo exigiesen las circunstancias.

A consecuencia de esta organizacion, el 24 de Febrero, se encontraba en San Hilario Sacalm una columna, compuesta del 4.º batallon franco, cinco compañías de América y algunas rondas volantes, cuando se presentaron á la vista del pueblo las facciones reunidas de Zorrilla, Grau y Mallorca ¹, que se componian de unos 1,500 hombres. Tomaron estas posiciones en una altura, á la cual era necesario subir por terreno despejado; y estando ya dispuesta la columna para el ataque, resolvióse hacer una diversion con el objeto de conocer cual era el plan del enemigo, destinando á este fin una de las compañías de preferencia.—“Para esto, mis cazadores,„ dijo el comandante Rodriguez dirigiéndose á ellos; y dadas las órdenes convenientes, añadió con energía: — “Voluntarios, ved allí los fugitivos de Arbúcias y de San Celoni: sus espaldas conocen ya las puntas de vuestras bayonetas. Resolucion, y á ellos. ¡ Viva la libertad! ¡ Viva la Reina!„

La compañía de cazadores francos emprendió la marcha con ardimiento, á la vista de las demás fuerzas de la columna que, merced á la disposicion del terreno, podian observar todos sus movimientos; y pronto se la vió trepar á la altura, romper el fuego, y avanzar decidida, no obstante el vivo tiroteo con que sus enemigos la hostilizaban. En aquellos momentos, un grito de sorpresa y de admiracion se escapó de todos los labios, y todas las miradas se fijaron en un oficial que, vuelto el rostro hácia sus soldados, entusiasmándoles con el gesto y la palabra, vibrando la espada y tremolando una banderola, se lanzaba denodado hácia el grueso de las fuerzas carlistas.

¹ En algunos impresos dice: Ros de Eroles, Burgó y Zorrilla; pero los documentos que hemos consultado, y particularmente la hoja de servicios del general Rodriguez Soler, expresan los nombres que van en el texto.

— “¡Es él! ¡Es PRIM! ¡Diablo de mozo!”, exclamó Rodríguez, dejándose llevar del entusiasmo general. “La victoria es nuestra.” — Y poniéndose él mismo á la cabeza de la compañía de granaderos, marchó á reforzar á los cazadores, que luchaban ya cuerpo á cuerpo con las avanzadas carlistas, en tanto que otras tres compañías de la reserva se preparaban para atacar de flanco al enemigo.

El arrojo de PRIM le llevó más léjos de lo que debía; por lo que habiéndose adelantado á sus compañeros, se encontró frente á frente con un faccioso, que le apuntó el fusil á quemarropa. En tan apurada situación, no abandona á PRIM su serenidad: rápido como el pensamiento, desvía con la espada el arma fatal en el instante que se escapa el tiro, y arrojándose sobre su contrario antes que pudiese hacer uso de la bayoneta, le enlaza con sus brazos y le da muerte despues de sostener los dos una lucha porfiada.

Entre tanto, llegaban los refuerzos destacados de la columna, y los carlistas, desconcertados por el ataque de flanco, emprendieron la fuga. El comandante Rodríguez, con sus dos compañías de preferencia los persiguió durante una hora; y cuando volvieron á incorporarse al grueso de la columna, oyó PRIM de boca de sus jefes y compañeros las más fervientes felicitaciones.

Repetidos encuentros tenian por este tiempo las fuerzas liberales y carlistas en diferentes puntos del Principado de Cataluña, compartiéndose unos y otros los triunfos y las derrotas. A mediados de Febrero, los nacionales que guarnecian á Berga cayeron en una celada, que les preparó Castell en las casas de San Bartolomé, pereciendo 20 de ellos acuchillados por la caballería.—El 20, la brigada de Gurrea, que pocos dias antes habia dispersado la gente del Llarch de Copons en Monreal y Coll de Cabra, rescatando muchos hombres y mujeres que llevaban cautivos, dió alcance á las fuerzas del mismo cabecilla y á las de Masgoret, Degollat y otros, que ocupaban á Sarreal y Rocafort, batiéndolos y obligándolos á desbandarse. El mismo dia fué derrotado Prades (el Fraile), siendo preso y fusilado en la Pobla de Ciérvoles con otros cabecillas.

El 28 se apoderaron los carlistas de parte de un convoy cerca de Castellolí, salvándose el resto por haber acudido tropas de la parte de Igualada.

Este mismo dia sufrieron un desastre algunas compañías de Saboya y 1.º de Ligeros, en el camino que va de Pons á Oliana. El cabecilla Torres acababa de entrar en la Conca de Tremp, regresando de Aragon con cinco batallones y un escuadron de lanceros. Corrieron á su encuentro las columnas de Sebastian y Aspiroz, y es-

tando este último en Peramola destacó alguna fuerza en busca del enemigo. Prevenido el carlista, salió de Pons en la madrugada del 28, y fué á emboscarse en un desfiladero, formado por el rio Segre y una larga serie de montañas. Bajaban confiadas las tropas, cuando se vieron acometidas de frente y de flanco por batallones en masa, que haciéndoles un fuego horroroso, les causaron muchos muertos, obligando á rendirse á la mayor parte de la fuerza. Dos compañías de Saboya lograron apoderarse de una altura, en la que se defendieron heroicamente contra los batallones reunidos de Torres; pero al fin cayeron muertos ó heridos los más de los oficiales, y agotadas las fuerzas y las municiones, tuvieron que entregarse los que quedaron con vida.

Cuando Aspiroz tuvo noticia de esta sorpresa por un asistente que pudo escaparse con el caballo de su amo, corrió veloz al auxilio de los suyos; pero llegó tarde. Ardiendo en ira, siguió la pista al enemigo, que no atreviéndose á esperarle, dividió sus fuerzas para mejor evitar el encuentro. Torres, activamente perseguido por las columnas de Aspiroz, Alvarez y Sebastian, se internó en la Cerdaña, donde no pudo permanecer mucho tiempo.

Durante el mes de Marzo hubo en Cataluña varias acciones sangrientas, menudeando las tentativas de los carlistas á fin de apoderarse de alguna poblacion importante ó punto fortificado. Ripoll, Prat de Llusanés, Berga y otros pueblos se vieron sucesivamente atacados. Fortificábase por los liberales el Bruch, como llave del crucero de San Quintin á Monistrol, y centro de las comunicaciones entre Barcelona é Igualada y demás puntos del interior, y tenian los carlistas vivo interés en impedirlo. Aquellas alturas fueron teatro de frecuentes y encarnizados combates. Allí se presentó Tristany llevando los hombres de su descubierta disfrazados con el uniforme de cuerpos francos. Al darles el *quien vive* las avanzadas liberales, contestaron aquellos: *Isabel II*; pero apenas se aproximaron, fué conocido el engaño, y se trabó una lucha mortífera á la bayoneta, disparándose los fusiles á quemarropa. Los carlistas tuvieron que ceder, subdividiéndose para evitar una derrota, y marcharon á reunirse luego en un punto convenido, segun su táctica de costumbre.

Otro combate, que duró desde las dos de la tarde hasta la noche, se dió en aquel mismo punto el dia 15 por fuerzas numerosas de los carlistas pertenecientes á la division de Torres, que se habia corrido á la derecha del Llobregat. Sin el auxilio que llegó de Esparraguera, las tropas liberales encerradas en el Bruch habrian perecido. En Casa Masana hubo tambien porfiados y sangrientos encuentros.

Niubó y Gurrea batieron sucesivamente á unos 400 carlistas en el puente de Alentorn y en Vilanova de Meyá, los días 20 y 22 de Marzo. La gente que mandaba Borges y el canónigo Mombiola fué literalmente destrozada, cayendo despeñados en profundos derrumbaderos los que se salvaron de las balas. En esta accion de Meyá pelearon con denuedo los nacionales de *la Blusa*.

Despues de recorrer mucha parte del país, Torres y el Ros, con unos 3,000 infantes y 200 caballos invadieron el Vallés, saqueando algunos pueblos, y llevándose en rehenes muchos paisanos indefensos para exigirles rescate.

Hallábase en Granollers el batallon de Rodriguez, 3.º de francos¹, el 26 de Marzo, cuando se supo allí que la division de Torres habia entrado en Vilamajor. En cuanto cerró la noche, que se presentaba oscura y tempestuosa, el bizarro jefe de los voluntarios mandó tocar llamada. Otro tanto hizo el comandante Brafín, del provincial de Málaga, que se hallaba igualmente en Granollers, y habiéndose reunido ambos batallones, emprendieron la marcha. Llegada la columna á las inmediaciones de Vilamajor, conferenciaron los dos jefes, y el batallon de Málaga desfiló en silencio hácia la parte de Occidente, perdiéndose á poco de vista entre las sombras de la noche. Rodriguez llamó entonces á sus oficiales, y les comunicó el proyecto que habia concebido de sorprender á la faccion; pues aunque bien sabia que las fuerzas enemigas eran cuatro veces superiores en número á las suyas, la honra del batallon, decia, estaba empeñada en no consentir que los rebeldes durmieran tranquilos en ningun punto de aquella comarca.

Los más de los oficiales quedaron perplejos, mirándose unos á otros, al oír esta proposicion, y alguno se atrevió á decir:—“No somos más que 700 hombres.”—“¿Y Málaga?...”, repuso Rodriguez interrumpiéndole.

Entonces el teniente PRIM se acercó á su jefe, y le dijo:—“Mi comandante, no cabe duda en que la empresa es árdua; y antes de aventurarse, vale la pena de intentar un amago. Si V. me lo permite, yo bajaré al pueblo con unâ mitad de mi compañía, y me parece que algo haremos.”—“Muy bien: aceptado, señor *capitan*,” contestó Rodriguez apretando la mano al jóven oficial, que no pudo menos de replicarle en voz baja:—“Teniente, querrá V. decir.”—Pero el jefe repuso con prontitud:—“Yo me entiendo: capitan, mañana; y mañana es hoy.”

Eran las tres de la madrugada. Rodriguez mandó al batallon esfilar con mucho

¹ Los batallones francos de *Voluntarios de Cataluña* habian quedado reducidos á muy escasa fuerza, por lo cual dispuso Mina que se refundiesen unos en otros. En consecuencia de esta disposicion, el batallon 4.º vino á ser 3.º desde 1.º de Marzo.

sigilo, y dando un rodeo, fué á situarse al Sud-este de la poblacion. En seguida se destacó la mitad de la compañía de cazadores al mando de PRIM, el cual, dando el ejemplo á sus soldados, emprendió la marcha paso á paso, y medio arrastrándose entre las breñas. De este modo llegaron hasta un tiro de pistola de la guardia carlista, que ocupaba el extremo de la calle Mayor. Soplabá el viento con furia, y esta circunstancia, unida á la oscuridad, favorecía el intento de los cazadores, que pudieron oír distintamente una voz que decia:—“Centinela, parece que suena ruido;” y la del centinela, que contestó:—“Es el viento.”

Estas fueron las últimas palabras, que pronunció aquel infeliz: á los pocos segundos, caía muerto de una cuchillada sin poder chistar. Los cazadores invaden inmediatamente el cuerpo de guardia, cuyos individuos perecen antes que tuviesen tiempo de tomar las armas. Uno solo se escapa mal herido, y corre hácia una casa de aspecto principal, en cuya puerta habia un reten. Comprende PRIM que allí se alojan los jefes carlistas, como así era en efecto, y vuela con sus cazadores á aquel punto; arrolla el reten, y entra en la casa, lisonjeándole la idea de apoderarse de los cabecillas. Pero, al subir los primeros escalones, parte un tiro de lo alto de la escalera, y PRIM cae al suelo, con el muslo derecho atravesado de un balazo.

Ya en aquellos momentos cundia la alarma por la poblacion, y los carlistas salian apresuradamente, unos á la calle, otros á las ventanas, haciendo fuego á la ventura, y dando desaforados gritos; pero antes que pudiesen volver de su sorpresa, los cazadores tuvieron tiempo de retirar á su teniente. Al oirse los primeros tiros, acudió Rodríguez con el batallon, y entrando en el pueblo, rompió el fuego sobre las masas carlistas, que en su aturdimiento y en medio de la oscuridad se mataban unos con otros.

¿Qué pasó aquella noche? Un escritor muy imparcial, y generalmente bien informado, refiere que el batallon de Rodríguez, atravesando el pueblo de parte á parte, se encontró con el de Málaga, que se hallaba apostado en el otro extremo de la calle; y que este último, viendo venir aquella masa, la creyó carlista, y rompió contra los voluntarios un horroroso fuego, teniendo que huir al fin unos y otros, perseguidos por la faccion, y en el más completo desórden.

Permitido ha de sernos poner en duda, ya que no negar resueltamente, la veracidad del anterior relato, basado al parecer en las noticias de algun parte ó comunicacion de origen carlista. Desde luego, no se concibe que el comandante del batallon franco, puesto de acuerdo como estaba con el de Málaga para coger entre dos fuegos

al enemigo, y perfectamente sabedor de la posición que aquel ocupaba, cometiese la torpeza de ir á su encuentro atravesando el pueblo lleno de facciosos; y solo se comprende que, ó compelido por estos, ó bien arrollándolos, fuese á chocar con sus propios auxiliares. Para lo primero, era menester que avanzase desprevenido hasta dejarse atacar por retaguardia, lo cual es inverosímil, habiendo comenzado la alarma, y por consiguiente, la resistencia de los carlistas antes de su llegada á las puertas de la población. Lo segundo tiene más visos de probabilidad; pero en tal caso, hay que admitir la expulsión de los facciosos, en lugar de su triunfo.

Por otra parte, puede probarse que el desastre atribuido á la columna de Granollers es imaginario. La relación sucinta de este importante hecho de armas, inserta en la hoja de servicios del mariscal de campo D. José Rodríguez Soler, que tenemos á la vista, dice así: — “1836. — 26 de Marzo. — Habiendo invadido el Vallés 3,000 “hombres, mandados por Torres y Ros, los sorprendió en Vilamajor á las tres de “la madrugada, llevando solo 700 hombres; *en cuya sorpresa causó á los facciosos la “pérdida de 22 muertos y muchos heridos, cogiendo prisioneros 3 soldados con sus caba- “llos y monturas, librando á 24 soldados del ejército que llevaban como forzados, y un “sinnúmero de paisanos del Vallés, que tenían presos para sacarles rescate.*”

No se consignan hechos tan precisos, detallados y concretos en una hoja de servicios sin la debida comprobación, ni es posible poner en concordancia con ellos la derrota del batallón franco, al que se supone huyendo, perseguido por sus contrarios, hasta encerrarse en Granollers. A ser esto verdad, ¿cuál habría sido la suerte de PRIM, imposibilitado de moverse, y la de los pocos soldados que le acompañaban, hallándose solos á la otra parte del pueblo y separados de su batallón?

Lo que hay de cierto es que la sorpresa de Vilamajor no produjo todo el buen resultado que se prometieran sus autores; pero también lo es que, desde entonces, la facción de Torres no tuvo un día de sosiego, y la encontramos en los últimos de Marzo y primeros de Abril corriendo sin cesar á gran distancia de aquel punto, cometiendo de paso muchas tropelías, incendiando algún pueblo y robando en otros, internándose un momento en la Cerdeña, para huir inmediatamente hasta llegar á Ager, el 12 de Abril; que de aquí, divididos sus batallones para esquivar la activa persecución de las columnas de Gurrea, Sebastian y Niubó, marchan desbandados hacia las riberas del Segre, y reunidos el 17 en Rialp, son alcanzados y sufren una derrota; que el 4 de Mayo les dá Gurrea otra dura lección, causándoles muchas bajas, y cayendo en su poder todo el botín y los rehenes que llevaban; que después de arrastrar

una vida azarosa, y de cometer, otra vez en la Cerdaña, nuevos actos de vandalismo, hijos del despecho y la desesperacion, fueron completamente batidos en Bellver, y obligados á entrar en Aragon, donde á los pocos dias, el 2 de Junio, la columna de Oribe destrozó los 700 hombres á que estaban ya reducidos, haciéndoles 250 prisioneros, y cogiendo por último al fugitivo Torres, que murió fusilado en Jaca, juntamente con Orteu, Mombiola y Queralt, que le acompañaban.

La brillante hazaña de PRIM en Vilamajor, que nos recuerda las de los antiguos héroes de la guerra de Granada contra los moros, no quedó sin la debida recompensa. El jóven oficial, que acababa de cumplir 21 años, fué ascendido por aquella accion á capitan de cuerpos francos.

V.

Antes de trasladarnos á otro punto, digamos cual era el estado á que se hallo reducida la faccion en Cataluña, por efecto de las acertadas disposiciones de Mina.

Ya vimos que, al tomar el mando del Principado aquel entendido general, en Octubre de 1835, ascendian las fuerzas carlistas á más de 22,000 hombres. Creció este número hasta llegar á 25,000 en Noviembre, segun consta en una nota oficial formada por ellos mismos con fecha 15 de Abril de 1836, en cuyo dia solo quedaban 13,367 infantes, y 218 caballos¹. Como quiera que en estas cifras se hallan contenidos 3,380 hombres que componian la division de Torres, puede calcularse que el ejército carlista de Cataluña constaba en Junio de unos 10,000 hombres; habiendo sufrido, por consiguiente, una baja de 15,000 en poco más de seis meses.

No cabe duda que, á seguirse la guerra en las demás provincias con igual actividad y fortuna que en Cataluña, dificilmente habria podido prolongarse un año más. Pero, por desgracia de todos, no sucedia lo mismo en el Norte, donde las fuerzas de D. Carlos dominaban casi por completo el país, bajo la inteligente direccion de su general Eguia. Cuando este jefe tomó el mando, despues de la derrota de Moreno en la batalla de Mendigorria, el ejército carlista del Norte se hallaba reducido á unos 25,000 hombres: diez meses despues, en Mayo de 1836, se componia de 34,000 infantes, 1,100 caballos y un poderoso tren de artillería.

¹ Documento número 8.

En Enero de aquel año eran dueños los carlistas de toda la costa de Guipúzcoa, hasta Francia; se apoderaban de Guetaria despues de un obstinado cerco, y ponian sitio á San Sebastian, persistiendo en él hasta el 5 de Mayo, en cuyo dia lo hizo levantar el general Lacy Evans, sin que en todo este tiempo fuese posible acudir á socorrerle, segun la opinion manifestada en consejo de jefes por todos los caudillos del ejército liberal.

Permanecia este, aunque más numeroso que el carlista, en una inaccion forzosa, reducido á guardar las líneas exteriores del territorio vasco-navarro para impedir que la faccion invadiese las provincias del interior. Semejante situacion era insostenible, y el general Córdoba, que tenia su cuartel en Vitoria, resolvió atacar las formidables posiciones que ocupaba el enemigo en las alturas de Arlaban. Allí se deramó mucha sangre inútilmente, peleando con heroismo sin igual durante dos dias unos y otros combatientes, hambrientos y medio desnudos los soldados, con un tiempo cruel de nieve, y sin más resultado que el de atribuirse ambos ejércitos la palma de la victoria.

Las tropas de la Reina volvian á sus cuarteles, mientras los carlistas se apoderaban por capitulacion de Valmaseda y Mercadillo, y ponian sitio á Plencia, que tambien se rendia, despues de resistir heroicamente sus defensores, compartiendo su gloria una compañía de mujeres denodadas.

La inmortal Bilbao sufria, entre tanto, un segundo sitio sin esperanza de socorro por la parte de tierra. Con razon pudo celebrar D. Carlos por aquel tiempo los frecuentes triunfos de sus armas en un manifiesto á los españoles, en el cual decia á sus defensores: "El Dios de los ejércitos os ha conducido como por la mano á la victoria... El Señor poderoso en las batallas os ha hecho triunfar siempre que habeis peleado.,,

Hasta el 5 de Marzo, ninguna accion fué decididamente favorable á los liberales. Aquel dia, el mariscal de campo D. Baldomero Espartero atacó á los carlistas en Orduña, y les derrotó completamente, arrojándoles del pueblo con unos cuantos húsares, que ganaron para el estandarte de su escuadron la corbata de San Fernando.

El mismo general dió un brillante combate cerca de Unzá, el dia 19, causando grandes pérdidas al enemigo, pero sin que pueda decirse que hubo en aquel encuentro vencidos ni vencedores.

Entre tanto, los carlistas sitiaban á Lequeitio, y le obligaban á rendirse, el 12 de Abril, haciendo 800 prisioneros, y apoderándose de muchas armas y municiones.

Los soldados, faltos de todo, reducidos á la miseria y sin el aliento de las victorias que hace soportar las mayores calamidades, se pasaban á la faccion.

No somos competentes para juzgar los planes del general en jefe del ejército liberal D. Luis Fernandez de Córdoba: nadie ha puesto en duda su valor ni sus talentos militares; acaso las circunstancias, la escasez de recursos ú otras causas eran superiores á su voluntad; pero cuando le vemos permanècer en la inaccion meses y meses, formar proyectos sobre proyectos, fatigar inutilmente las tropas en marchas y contramarchas, sacrificarlas en acciones sangrientas, muy gloriosas sin duda, como las de Arlaban, pero tambien muy estériles; y cuando al clamor general que de todas partes se levantaba le oimos contestar disculpándose con la penuria del ejército, con la crudeza del tiempo, y con la situacion interior del país vasco, "intransitable por la pérdida de veinte y tantos pueblos fortificados que le guarnecian ¹,,, no sabemos qué pensar de su pericia ².

En vista de las acusaciones de que era objeto por su inaccion, pidió Córdoba su reemplazo con urgencia, y que se le formase causa para ser juzgado en un consejo de guerra. Entonces se decidió á operar con actividad, poniendo en movimiento todas las fuerzas acantonadas al norte de Vitoria y dirigiéndose á Villalba. Resuelto á romper el centro de las líneas enemigas, marchó el 20 de Mayo á los puertos de Arlaban, teatro ya de sangrientos combates. Cinco dias de lucha heróica, en los que se cubrió de gloria el general Espartero, rehabilitaron el buen nombre de Córdoba, que se aclamó vencedor. Llamado entonces á Madrid, dejó confiado el mando á Espartero, dándole el singular encargo de que "no emprendiese ninguna operacion ofensiva durante su ausencia.,,

¹ *Memorias del general Córdoba.*

² La opinion llegó á pronunciarse de una manera muy enérgica contra Córdoba, dando lugar á que este general pidiese repetidas veces su relevo. La prensa pretendia darle lecciones, que le incomodaban; llovian sobre él reclamaciones y quejas, y él se quejaba á su vez de la falta de recursos, que era grande. Su situacion llegó á ser poco envidiable, sobre todo, atendido su carácter, que se halla retratado en la siguiente nota, puesta por él mismo al márgen de una comunicacion del Ministro de la guerra, trasladándole otra del gobernador de Cinco Villas:

«No faltaba ya más, decia, que la opinion del gobernador de Cinco Villas sobre el modo de dirigir la guerra de Navarra y puntos que conviene ocupar. Con ella, la de los cónsules y vicecónsules de Francia, los escritores de diarios y todos los que dan voto, consejo y opinion sin que se les pida y con el mayor desinterés del mundo, la guerra no puede dejar de completar los grandes resultados que de tan competentes jueces é intervencion vamos recogiendo; pero aprovecharé el primer ócio que me dejen mis ocupaciones para corresponder al celo de estos empleados, dando mi dictámen sobre un buen sistema de guias y tornaguias, aranceles de comercio, medio de empedrar y alumbrar las calles de Cinco Villas, por cuyo medio todos nos iremos generalizando en todas las ciencias.»

Al menos no le faltaba orgullo ni buen humor.

En este tiempo habian acaecido en Madrid graves acontecimientos políticos, que debemos reseñar ligeramente.

VI.

El sincero deseo de conciliar todas las opiniones indujo á Mendizábal á cometer una falta política, al discutirse en el Estamento de procuradores el proyecto de ley electoral: en vez de apoyar incondicionalmente á sus amigos y á la comision, en el acto de votarse uno de los artículos, transigió con la oposicion moderada, la cual supo habilmente aprovecharse de la excision que esto produjo entre los miembros de la mayoría; y cuando le llegó el turno al artículo 17, que trataba de la eleccion por provincias, el Ministerio y la comision fueron derrotados por 71 votos contra 66, habiéndose abstenido de votar quince procuradores.

El Ministerio tenia, sin embargo, la confianza y el apoyo del país; tanto que, reconociéndolo así la misma oposicion, temió las consecuencias que podria traer la retirada de Mendizábal, y muchos de sus individuos acudieron á proponerle la disolucion de los Estamentos.

Por mucho que repugnase á Mendizábal esta medida, tuvo al fin que adoptarla, siguiendo el parecer del Consejo de Gobierno; y el 27 de Enero leyó el decreto de disolucion, mandando proceder á nuevas elecciones con arreglo á la ley vigente. No podia obrar de otra manera, so pena de abandonar las riendas del gobierno en unas circunstancias en que sus mismos adversarios le consideraban indispensable.

Durante el interregno parlamentario, desplegó Mendizábal toda su actividad para levantar el crédito de la nacion, harto abatido por desgracia. Usando del voto de confianza que le habian dado las Córtes, dispuso proceder inmediatamente á una liquidacion general de todos los créditos pendientes contra el Estado, decretando poco despues, la consolidacion sucesiva de la Deuda pública liquidada y reconocida; declaró bienes nacionales todos los pertenecientes á las comunidades ó corporaciones religiosas, y decretó su venta, así como tambien la redencion de todos los censos, imposiciones y cargas de la misma procedencia.

Estas últimas disposiciones, que tenian el triple objeto de proporcionar recursos para cubrir las urgentes necesidades del Estado, levantar el crédito público y des-